

VISTO Y OÍDO ★ Si el huracán la ayuda se casa pronto ★ por PREMIANI

la COLUMNA TOTÉMICA

MÁS HERMOSA
de las CONOCIDAS
HA SIDO EXTRAÍDA del
NOROESTE de
AMÉRICA
y CONDUCTA a la
PLAZA PIONEER
de SEATTLE
(Estados Unidos)
DONDE SE
EXHIBIRÁ.



Uno de los MÁS
FAMOSOS DANDYS
HA SIDO

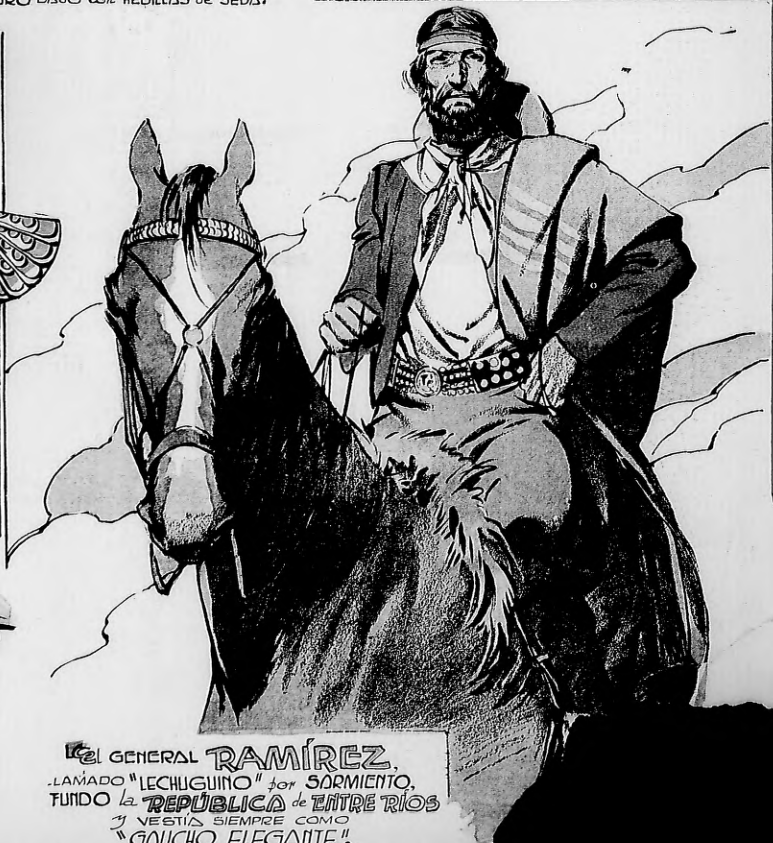
LORD BEACONSFIELD.

QUE POSEÍA el MEJOR
GUARDARROPAS del
MUNDO. Una vez CONCURRIÓ
a un BANQUETE VESTIDO de
FRAC ROJO ESCARLATA,
CHALECO AMARILLO CANARIO,
PANTALÓN de TERCIOPELO VERDE, PUÑOS de ENCAJE
BLANCO y ZAPATO NEGRO BAKO con HEBILLAS de SEDA.

CUANDO UNA MUJER ENVIUADA ex-
el CONGO, IZA a SU PUERTA
UNA BANDERA de DIVERSOS
COLORES. MIENTRAS la BANDERA
PERMANECE INTACTA, la VIUDA NO
PUEDE VOLVER a CASARSE. "Hay
VECES en QUE el HURACÁN la
DESTROZA la MISMA NOCHE"
de SU IZAMIENTO, "Y ENTON-
CES al OTRO DÍA YA ME
RODEAN los NUEVOS
PRETENDIENTES."



Las ÚNICAS REGIONES de la TIERRA DONDE
NO SE HALLAN MARIPOHAS SON
ISLANDIA y las REGIONES ÁRTICAS.



El GENERAL RAMÍREZ,
LLAMADO "LECHUGUINO" por SORIMIENTO,
FUNDÓ la REPÚBLICA de ENTRE RÍOS
"Y VESTÍA SIEMPRE COMO
"GAUCHO ELEGANTE".

—Sesenta a cincuenta doy, el giro es mío, gritó uno de los forasteros a quien fastidiara con su envite anterior el turco mercedero. El turco permaneció mudo.

—A usted le ofrezco, y lo sofió.

mayo de cada año y finaliza en febrero del año siguiente. Los tres meses de receso, son aprovechados por los criadores y dueños de aves de pelea, para esmerar la preparación de pollos y gallos, que con todo el

—Gracias señor, contestó el tataro.

—Se achó la tienda, zumbó un pascano que estaba jugando al gallo y se fue a dormir. Después me quedé río la cama, más por aplacar un poco la excitación bárbara del espíritu, que por cansancio.

Reinsoñé tanto la puesta y junto con dos amigos esparzados por el campo, me quedé a mirar las estrellas, las nebulosas, las cometas y otras ofrecidas con las nubes, hasta agotar recursos.

—¿Qué hora es? preguntó un visitante pero era inútil, yo no veía nada en mi acedido, y él veía nada en su acedido, algo que yo no veía.

—¿Qué hora es? preguntó un otro de un verdadero "training", pero tampoco me podía explicar, me quedé con los ojos cerrados, afecto que me ver conseguido los pondrá listos y agresivos en la arena de las picadas, los boques, los golpes, los mordidos.

Un pollo o un gallo de riña, requiere ante todo, para ser bueno, haber tenido experiencia sin mezclas, vale decir, que sea pura, que sea pura de fuerza, de casta pura de pelea; o sea molinos, con línea patética en sus movimientos, con líneas armoniosas, con animales criollos o viregares.

Cumplida esta primera condi-

Los gallos peleaban. No se llamó otra vez a corredor alguno. El tío Ramón, desde su lugar de la segunda grada, contemplaba a los animales en ríña, imperturbable, como si no le interesara lo que estaba

en lugar de aceradas púas, son largados al redondel, donde en continuos simulacros agilizan el músculo y reavivan la saña antigua de la raza, en un fogo-



ocurriendo. Pero mi afecto presen-
ta que la trifeza y la opina-

De seguro que la hora estaba encima. El juez miraba su reloj de níquel continuamente. El dueño del "tapao" sin creer en una afirmativa, dijo insinuante:

—Cien pesos a cincuenta contra el.

Fue un desafío al turco Jorge Flores, vecino de San Isidro, Flores, vecino de Sardiel, Flores, vecino de San Isidro, Flores, etc., barrios de la populosa urbe portañola, los tienen.

En los pueblos suburbanos también los hay.

Las 14 horas. La calle calorosa de primavera. Una callé del barrio de... En una de sus curvas se agazga fantasmal, como la mayoría de las

ge, ante el asombro general y las risadas de algunos. El "guasca" perdía y resultaba todo un episodio la apuesta emocional del mercero. Pero sucedió lo inesperado.

El "guasaca" inició una retirada furiosamente seguido por el giro. Paróse de pronto, y vacilando en dos saltos más, avanzó trabándose en un agotamiento definitivo.

El giro se detuvo en un resuello, lanzó un grito ronco y se adelantó de



veinte personas conversan en grupos. Un galpón de techo alto con tragaluces de vidrio, de cincuenta metros cuadrados de superficie, está cubierto de material y cine, cubre un gradería en asfiteado. En el centro la valla circular clásica. Estamos en uno de los tantos escenarios de riñas. En éste hay reunión el primer y tercer de

nuevo preparando un bote asesino y final. El "guasca" no le dio tiempo. Hecho un manojo de músculos que se tienden

de de súbito, picó fuerte en la cresta y afirmando, levantó dos puazos tremendos al cogote.

Después de una espera por fórmula, el juez proclamó al ganador.

El "guasca" zonceaba ciego y victorioso, cloqueando dolorido; queriendo picar aún, en la laceración.

En jaulas que se encuentran adosadas a uno de los muros, varias aves cantan o dejan oír su cloqueo inconfundible.

Por encima de una mesita, en la que se encuentran

Los gallos fueron retirados. Reinoso puso al blanco, enrojecido ahora, en manos del tío Ramón que se alejó en silencio. Se pagaban las apuestas. Los pesos iban hinchando cinturones y en el marco de la gran puerta, cuelga una tabilla con papel. Allí se van anotando las características de los animales que han sido traídos para reñir: peso y color; gallo o pollo. Sobre la mesa, una caja pequeña, con divisiones nutridas de

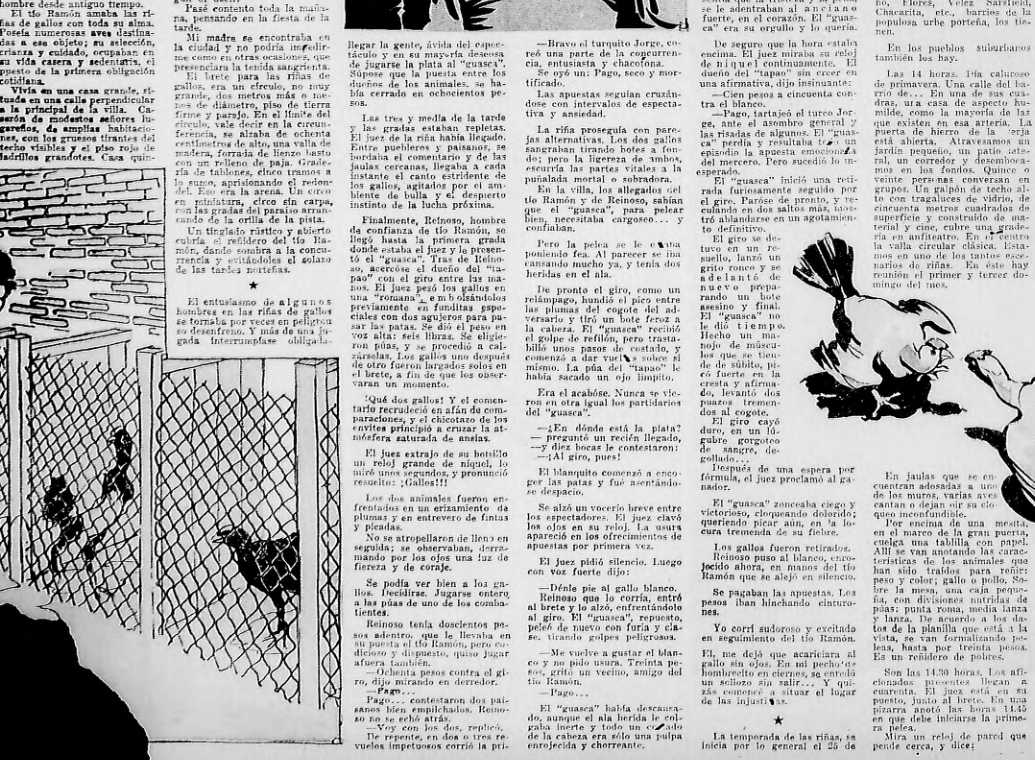
Yo corrí sudoroso y excitado en seguimiento del tío Ramón.

El me dejó que asustara al gallo sin ojos. En mi pecho un hombrecito en armadura se cruzó con un soldado sin armas. Y entre ellos, sellados sus cielos, se oyó una voz que decía:

Son las 14.30 horas. Las aflicciones aumentan. Llegan a

La temperatura de las riñas, se inicia por lo general el 25 de

24 de 1934



En la puerta de Saint-Goud, la limousine se detuvo para el control de la neta. La señora Voghera aprovechó la pausa para abrir su estuche de piel y sacar su espejo, sus bollos de polvos y su lapiz de rouge. Y, esto haciendo, echó a su compaño la ojeada de antemano frívola de las mujeres que esperan tener que soportar la burla masculina. Pero ésta no vino. Donald Stuart, una mano en el apoyo de la portezuela, un puño bajo la barbilla, miraba bonitamente hacia otro lado.

Donald Stuart conducía a Versailles, una bella noche de este, a la señora Voghera. Ocho días de vacaciones, solo los dos. Se había elegido el Triángulo Palace. No eran dos cuartuchos: dos compañeros de ruta, nada más. Ella, treinta años. El cuarenta. Y, de ambas partes, dos extenciones a las que no faltó movimiento. Por otra parte los mejores amigos y muy buenas personas. Las mujeres y los hombres cuya modestia fue desquilar conocer a menudo una madurez encantadora, llena de indulgencia y de comprensiones.

Donald Stuart y Pauline Voghera nunca se habían cortejado, y, lejos de rechazarse, se daban recíprocamente pruebas de la más sincera gratitud.

Los ocho días que pasarían a solas dentro de la convezadora decoración que citó el más grande de los reveses se parecía tanto al medio como al otro un carís de frica amistad en medio de la tierra fértil de los amores que no ha mucho habían atravesado, que atravesaban aún.

Controlada la nafta, el auto nuevamente en marcha la señora Voghera tomó la mano de Donald Stuart y la estrechó. El retro entre sus dedos la delicada manita y la llevó a sus lavios. Todo sin ninguna intención galante. Concedía un admirable meneo.

—¿Qué cosa deliciosa, — murmuró la señora Voghera, — la seguridad! Con frecuencia, los hombres que se dicen amigos nuestros están juntos a nosotros como cazadores en acecho y no hacen sino vigilar esperando su hora.

—¡Oh! — dijo Stuart —, no soy un loco de esa especie y estoy demasiado pendiente de usted. No tema que yo deje la presa-amistad por la sombra-amor.

El auto escalaba la cuesta de Montreuil. Se iba rápido. Era antes de la gran guerra y había pocos automóviles en Francia y buenas carreteras.

Ville d'Avray. La campiña. El auto se sumergió en la noche negra. Sus dos faros hendían la oscuridad con doble sarta cegadora. Sucesivamente, montes, arbolados, pequeños valles, riberas, parecían brotar de la sombra.

Y Versailles, allá abajo, se precipitaba al encuentro del coche como una falena hacia la lámpara que la aspira. Diez minutos aún, y se estaría en Versailles...

De improvisto, en el recordo de un bosquecillo, una detonación; y el coche se detuvo al cabo de una sacudida.

Stuart asomado a la portezuela.

—¿Un neumático?

—Reventado, — confirmó el chauffeur.



—(Tiene todo lo necesario).

—Si, si. Voy a cambiar la rueda. Cuestión de cinco minutos.

Stuart se volvió:

—¿Cinco minutos, querida! ¿Quieres bajar?

—¿Cómo no, — dijo la señora Voghera.

El bosque era un lindo bosque. Encinas, fresnos, hayas, tilos: todos los admirables verdores de esta isla de Francia que es, en verdad, en el centro del país francés, como una isla más francesa que la misma Francia. Todas las viejas Galias se habían unido y concentrado. Es la pesada melancolía del país de Bretaña que se une a la ferviente dulzura vasca y de los Pirineos. Es la gracia determinada de los pinos provenzales, todos azules, y es el misterio de los Voscos con sus objetos negros y sus brumas grises. Maravillosa lay de los más maravillosos metales.

Donald Stuart y la señora Voghera se habían apesadado de cullidas en el polvo, uno de sus faros a su lado, el chauffeur daba vueltas a la rueda de su gato. El auto, violentamente iluminado, el hombre negro que se agitaba dentro de esa brutal luz blanca, — el espectáculo no dejaba de ser pintoresco, — el herrero Voghera, del brazo de su caballero, recordó el anillo de los ciclistas y el herrero Volcano. Luego de lo cual quisieron más lejos, porque los ojos le dolían.

—(Aquí — repitió la señora Voghera —, mira, curiosa, pero no hostil: no eran dos enamorados).

—(Aquí! Reconoce Ud.?).

Respondió él:

—Si, reconozco el lugar. Esos alamos allí... y la casa...

—¿Y bien?

—Y bien, es aquí donde hace ocho o diez años me detuve ya de noche, como hoy. En el auto, el auto tuvo una panne... como hoy aún...

—(Simple coincidencia! Además, yo no veo que haya nada como para pasar a usted...)

—No, sin duda. Pero aguarde Ud la continuación. Yo no estaba solo en el auto...

—Tenía una amiga con usted?

—No una amiga. Un amigo... un amigo, de quien me oyo Ud hablar: el conde de Offebach...

La señora Voghera se interesó de inmediato:

—(Como! El conde Offebach! ¿Aquí que ha muerto!)

Stuart inclinó la cabeza.

—¿A qué?

que ha muerto, en efecto, como Ud sabe... como todas las gentes a bien...

que ha muerto en el auto, a mi lado, a cabecera de la carretera de Versailles. Ha muerto el día que yo hablo y precisamente un cuarto de hora después de haberse detenido aquí, aquí en donde estamos.

—(El electo! — dijo ella —, es más extraordinario de lo que pude ver al principio Reflexión: — Es que, precisamente a propósito de esa muerte del señor de Offebach, yo se contó algo de un árbol.

—Si, — dijo Stuart —, se contó un cuento, y es verdadero.

Miró a su alrededor, después, avanzando hacia una gran acacia atildada:

—Salvo error, he aquí el árbol en cuestión.

La señora Voghera acercándose a su vez observó el árbol:

—Recuérdeme usted el cuento.

—Es simple: era una noche tan calma como la de hoy... ni un soplo de aire... Offebach y yo nos habíamos apesadado, como lo hemos hecho hoy, nosotros dos... y nos paseábamos por la carretera hasta que el chauffeur hubiera reparado su panne. De repente, Offebach me llamó. Estaba parado delante de este árbol... aquí mismo donde yo estoy... y me mostró el árbol. Le repetió que a nuestro alrededor el aire estaba inmóvil, rousosamente inmóvil. Sin embargo, vi, como Offebach había visto, el árbol. La acacia que ve aquí temblar.

—¿Temblar?

—Temblar muy fuerte. Con tales rutilos, que extendí la mano para asir una rama y tocar así eso que me parecía ver verdaderamente a un diujio. Toqué el

árbol, inmediatamente, cazo de temblar. Offebach hizo entonces como yo, extendió el brazo, asió la rama. De inmediato, el árbol tembló de nuevo y más fuerte que antes.

Habiendo dicho, Donald Stuart cajo.

—¿Es todo? — preguntó la señora Voghera.

—Es todo — dijo Stuart —. Un cuarto de hora después, Offebach estaba muerto.

—¿Se extraló? — dijo la señora Voghera, luego de haber reflexionado.

Vino junto al árbol, tendió la mano con cierta vacilación y tomó entre sus dedos una hoja. El árbol estaba inmóvil y no se movió.

—(Es de este modo, — preguntó la señora Voghera —, que nuestro amigo tocó la acacia!)

Había soltado la hoja.

—Es poco más o menos así — respondió Stuart —, quizás un poco menos firmemente. Como esto.

Y, avanzando a su vez, tomó el mismo a manos llenas la rama más baja.

Pero...

Pero al punto la acacia, violentamente, tembló. Y tembló con temblor profundo, con el que todas las hojas y todas las ramas y el tronco mismo parecían agitadas a la vez. Un a tempestad no hubiera podido sacudirlo de esa manera.

Atemorizada, la señora Voghera había dado un salto hacia atrás.

—¿Y bien!

—grito.

Muy pálido el mismo. Donald Stuart también había soltado la rama.

El árbol continuaba temblando.

—Y he aquí lo que después de un momento y esforzándose por hablar con voz trágica, — era un hombre muy valiente este Donald Stuart —, y bien, si la acacia de que yo hablo, tembló como tembló en este momento.

Sus cejas contraladas, observaba fijamente el ramaje que titilaba.

Luego de un minuto, prosternado, esta vez con firmeza:

—Señora, ¡un favor! Toque el árbol todavía!

—No me atrevo, — dijo ella.

—No le ruego!

Obsecro ella y el árbol, instantáneamente, no tembló más.

Entonces, desde lejos, la voz del chauffeur los llamó:

—Señor y señora, he colocado la rueda.

Había puesto la rueda y el fero también. Arancó. Y el auto, moviéndose, vino a ofrecer su estribo a la pareja. Inmóvil Stuart, de nuevo muy tranquilo, ofreció la mano a la señora Voghera y la obligó a subir otra vez al coche.

—(No es un motivo! Suéceda lo que tenga que suceder, ¡no es mejor que lleguemos a Versailles!)

Señaron sin otro incidente.

Mas, cuando llegaron a la puerta del hotel, Donald Stuart bajaba el primero para ofrecer su mano a su compañera, erró el pie, cayó, su cabeza dio contra el cordón de la vereda y lo levantaron muerto.

Además, yo no veo que haya nada como para pasar a usted...)

—No, sin duda. Pero aguarde Ud la continuación. Yo no estaba solo en el auto...

—Tenía una amiga con usted?

—No una amiga. Un amigo... un amigo, de quien me oyo Ud hablar: el conde de Offebach...

La señora Voghera se interesó de inmediato:

—(Como! El conde Offebach! ¿Aquí que ha muerto!)

Stuart inclinó la cabeza.

—¿A qué?

que ha muerto, en efecto, como Ud sabe... como todas las gentes a bien...

que ha muerto en el auto, a mi lado, a cabecera de la carretera de Versailles. Ha muerto el día que yo hablo y precisamente un cuarto de hora después de haberse detenido aquí, aquí en donde estamos.

—(El electo! — dijo ella —, es más extraordinario de lo que pude ver al principio Reflexión: — Es que, precisamente a propósito de esa muerte del señor de Offebach, yo se contó algo de un árbol.

—Si, — dijo Stuart —, se contó un cuento, y es verdadero.

Miró a su alrededor, después, avanzando hacia una gran acacia atildada:

—Salvo error, he aquí el árbol en cuestión.

La señora Voghera acercándose a su vez observó el árbol:

—Recuérdeme usted el cuento.

—Es simple: era una noche tan calma como la de hoy... ni un soplo de aire... Offebach y yo nos habíamos apesadado, como lo hemos hecho hoy, nosotros dos... y nos paseábamos por la carretera hasta que el chauffeur hubiera reparado su panne. De repente, Offebach me llamó. Estaba parado delante de este árbol... aquí mismo donde yo estoy... y me mostró el árbol. Le repetió que a nuestro alrededor el aire estaba inmóvil, rousosamente inmóvil. Sin embargo, vi, como Offebach había visto, el árbol. La acacia que ve aquí temblar.

—¿Temblar?

—Temblar muy fuerte. Con tales rutilos, que extendí la mano para asir una rama y tocar así eso que me parecía ver verdaderamente a un diujio. Toqué el

árbol, inmediatamente, cazo de temblar. Offebach hizo entonces como yo, extendió el brazo, asió la rama. De inmediato, el árbol tembló de nuevo y más fuerte que antes.

Habiendo dicho, Donald Stuart cajo.

—¿Es todo? — preguntó la señora Voghera.

—Es todo — dijo Stuart —. Un cuarto de hora después, Offebach estaba muerto.

—¿Se extraló? — dijo la señora Voghera, luego de haber reflexionado.

Vino junto al árbol, tendió la mano con cierta vacilación y tomó entre sus dedos una hoja. El árbol estaba inmóvil y no se movió.

—(Es de este modo, — preguntó la señora Voghera —, que nuestro amigo tocó la acacia!)

Había soltado la hoja.

—Es poco más o menos así — respondió Stuart —, quizás un poco menos firmemente. Como esto.

Y, avanzando a su vez, tomó el mismo a manos llenas la rama más baja.

Pero...

Pero al punto la acacia, violentamente, tembló. Y tembló con temblor profundo, con el que todas las hojas y todas las ramas y el tronco mismo parecían agitadas a la vez. Un a tempestad no hubiera podido sacudirlo de esa manera.

Atemorizada, la señora Voghera había dado un salto hacia atrás.

—¿Y bien!

—grito.

Muy pálido el mismo. Donald Stuart también había soltado la rama.

El árbol continuaba temblando.

—Y he aquí lo que después de un momento y esforzándose por hablar con voz trágica, — era un hombre muy valiente este Donald Stuart —, y bien, si la acacia de que yo hablo, tembló como tembló en este momento.

Sus cejas contraladas, observaba fijamente el ramaje que titilaba.

Luego de un minuto, prosternado, esta vez con firmeza:

—Señora, ¡un favor! Toque el árbol todavía!

—No me atrevo, — dijo ella.

—No le ruego!

Obsecro ella y el árbol, instantáneamente, no tembló más.

Entonces, desde lejos, la voz del chauffeur los llamó:

—Señor y señora, he colocado la rueda.

Había puesto la rueda y el fero también. Arancó. Y el auto, moviéndose, vino a ofrecer su estribo a la pareja. Inmóvil Stuart, de nuevo muy tranquilo, ofreció la mano a la señora Voghera y la obligó a subir otra vez al coche.

—(No es un motivo! Suéceda lo que tenga que suceder, ¡no es mejor que lleguemos a Versailles!)

Señaron sin otro incidente.

Mas, cuando llegaron a la puerta del hotel, Donald Stuart bajaba el primero para ofrecer su mano a su compañera, erró el pie, cayó, su cabeza dio contra el cordón de la vereda y lo levantaron muerto.

Además, yo no veo que haya nada como para pasar a usted...)

—No, sin duda. Pero aguarde Ud la continuación. Yo no estaba solo en el auto...

—Tenía una amiga con usted?

—No una amiga. Un amigo... un amigo, de quien me oyo Ud hablar: el conde de Offebach...

La señora Voghera se interesó de inmediato:

—(Como! El conde Offebach! ¿Aquí que ha muerto!)

Stuart inclinó la cabeza.

—¿A qué?

que ha muerto, en efecto, como Ud sabe... como todas las gentes a bien...

que ha muerto en el auto, a mi lado, a cabecera de la carretera de Versailles. Ha muerto el día que yo hablo y precisamente un cuarto de hora después de haberse detenido aquí, aquí en donde estamos.

—(El electo! — dijo ella —, es más extraordinario de lo que pude ver al principio Reflexión: — Es que, precisamente a propósito de esa muerte del señor de Offebach, yo se contó algo de un árbol.

—Si, — dijo Stuart —, se contó un cuento, y es verdadero.

Miró a su alrededor, después, avanzando hacia una gran acacia atildada:

—Salvo error, he aquí el árbol en cuestión.

La señora Voghera acercándose a su vez observó el árbol:

—Recuérdeme usted el cuento.

—Es simple: era una noche tan calma como la de hoy... ni un soplo de aire... Offebach y yo nos habíamos apesadado, como lo hemos hecho hoy, nosotros dos... y nos paseábamos por la carretera hasta que el chauffeur hubiera reparado su panne. De repente, Offebach me llamó. Estaba parado delante de este árbol... aquí mismo donde yo estoy... y me mostró el árbol. Le repetió que a nuestro alrededor el aire estaba inmóvil, rousosamente inmóvil. Sin embargo, vi, como Offebach había visto, el árbol. La acacia que ve aquí temblar.

—¿Temblar?

—Temblar muy fuerte. Con tales rutilos, que extendí la mano para asir una rama y tocar así eso que me parecía ver verdaderamente a un diujio. Toqué el

Las Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks

¡OH! ESTA PARECE UNA ESCENA DE BAMBALINAS.

BAJAD, AMABLES CABALLEROS, QUE OS LEEERE UNA ODA SÁFICA.

JAMÁS CREI QUE IBAN A ATENTAR CONTRA MIS CARTILAGOS NASALES.

¡OH!

¿ACASO LOS RUISEÑORES SABEN CUANDO LA NOCHE ABRE SUS PÁRPADOS?

¿ACASO LAS ESTALACITAS SUEÑAN EN VOZ ALTA?

¿OH! LOS TIEMPOS EN QUE LA CICUTA SERVIA PARA MATAR SO-CRATES.

NO LLOREIS, NISPEROS TIERNOS!

DICEN QUE HASTA DENTRO DE UNA SEMANA NADIE PODRÁ DESTRO-NARME.

ESO ES VIVIR FELIZ.

REY DE REYES.

HAY QUE ADULARLO.

ME NOMBRARA CHAMBERLAN?

AQUÍ TRAIGO A ESTOS DOS LEONCITOS DOMESTICADOS.

DEJADLOS QUE VENGAN A MI.

¿PARA ESO SE LES LLAMA CEBOLLITAS ENCANTADORES?

LES HA DADO UN ATAQUE DE LOCURA METALÚRGICA.

ME QUI- SIERON ARANAR LOS LAGRIMALES.

EL HOMBRE DE LA GALERA NEGRA.

¡HUM!

YO CREO QUE TIENEN MARAMSO CATALEPTICO.

NO HABRAN COMIDO HORMIGAS FRITAS?

ES DIGNO EN VERVAD DE ENCONO ESTE LINDO NOSOCOMO.



EN la lucha contra el crimen, la ciencia ha llegado a ser hoy en día un auxiliar de una incomparable potencia. Se trata de una identificación de mulcheros por medio de sus impresiones digitales o del examen de una mancha de sangre sospechosa, existen métodos minuciosos, aparatos infinitamente delicados, dotados de los últimos progresos de la técnica, que permiten resolver el problema con un rigor absoluto.

Es así que el sabio, en la época contemporánea, no permanece encerrado necesariamente en simples especulaciones teóricas; sabe también participar en la actividad más dramática, para la ciencia de la sociedad.

Automovilista asesino

A veces es suficiente muy poca cosa para hacer arrestar a un culpable.

Hace algunos años, un cadáver de mujer fue encontrado no lejos de París, sobre un lado del camino; la naturaleza de las heridas mostraba que la víctima había sido atropellada por un auto, cuyo conductor, en ausencia de todo testigo, se había apresurado a huir. La guardia móvil consiguió, no obstante, encontrar al presunto autor del accidente, pero las pruebas materiales faltaban y el hombre se defendía muy bien.

Examinando el vehículo, que había sido depositado bajo sellos, los especialistas del laboratorio de identidad judicial encontraron sobre la carrocería una gran mancha de sangre, donde se adherían aún restos de tejido e hilachas de lana verde. Ahora bien: la víctima llevaba precisamente, el día del accidente, una triqueta de lana verde. Argumento turbador, pero cierto, bien que insuficiente por sí solo para arrestar a un reo a la condena.

Pero he aquí que las cosas cambian. Cuidadosamente, ora el bazar que la soportaba, la mancha es llevada a París al laboratorio. Primer análisis: la sangre es sangre humana y sangre "en masa", proveniente de una terrible herida.

Quedaban por identificar los restos de lana. Este es el objeto que interviene un maravilloso aparato, el "espectroscopio" o comparador de los colores. Se sabe cuán difícil es comparar los matices de dos objetos, de dos tejidos; por ejemplo, dos colores que parecen suficientemente distintos a la luz artificial, varían terriblemente, por el contrario, a luz del día. Ahora bien: el "espectroscopio" permite efectuar la comparación, sucesivamente, bajo toda suerte de iluminaciones artificiales, suministradas por un pequeño prisma. Cuando las dos muestras se muestran sucesivamente iguales, se puede afirmar que son de naturaleza intrínsecamente igual.

Los restos de lana ensangrentada se revelaron, en este aparato, absolutamente idénticos a los restos que se podían extraer de la triqueta de la víctima. Esta minúscula pieza de convicción, junto con la mancha de sangre humana, bastó para determinar al asesino culpable y el culpable fue severamente condenado.

La muerte del danzarin mundano

Ahora nos referiremos a un asunto criminal muy misterioso y que hizo bastante ruido en su época. Lo examinaremos del punto de vista apasionante del laboratorio.

En una habitación amueblada de Montmartre se descubrió un cadáver sempiterno de un hombre joven, totalmente desnudo bajo un paño blanco. La sangre en el suelo. Tena tres balas en el pecho. El cuerpo es identificado de un momento. Pertenecía a un dan-



zarin mundano, bien conocido en ciertos ambientes.

Primera hipótesis: el suicidio. La víctima estaba al borde de la miseria, gravemente enferma...

Esta suposición, sin embargo, no resiste el examen minucioso de los hechos. No hay, por lo pronto, ningún arma cerca del cadáver; además, es bien difícil llegar a creer que un suicida pueda alorarse tres disparos en el pecho, dos de ellos mortales.

Debe tenerse, pues, de un asesino. Precisamente la policía acaba de arrestar un rival, un individuo del mismo medio al que la víctima, según parece, le habría bajado la querida. El hombre ha huido precipitadamente a Bélgica, pero se hospedaría para resistir de alquileres en retardo, se ha apoderado de sus basuras en una valija los detectives descubren un pergamino "trinchera" manchado de sangre.

Bien sospecho, el pergamino en cuestión! Además, la mancha de sangre que se descubre es de sangre humana — tiene, en la parte que cubre el bolido, derecho, un gran agujero producido por quemaduras de pólvora.

Cómo el asesino ha podido dejar subsistir una pieza de convicción tan terriblemente comprometidora?

He aquí la explicación: El tejido del "trinchera" tiene tres púas superpuestas, destinados a garantizar una impermeabilidad perfecta. El paño exterior, tan solo, fue cortado, torpemente, con tijeras. Pero el criminal olvidó el paño interior y la costura ignominiosa quemada y manchada, aunque en un grado difícilmente comprobable, personas que no dispongan de un laboratorio.

La ayuda de la "alta frecuencia"

Ahora el prevenido está bajo el escrutinio de los expertos trabajos.

Un detalle había llamado en seguida la atención de los perquisidores: las balas que habían producido la muerte de la víctima eran de plomo, provenientes sin duda de algún antiguo trabuco, pues las armas modernas tiran balas provistas de un revestimiento de metal.

El problema, planteado por el juez de instrucción era, en consecuencia, el siguiente:

—¿Hay rastros de plomo sobre los buches desahogados del trinchera? Si los hay, se puede pensar que el inculcado ha disparado a través de su bolido contra la víctima.

Y vamos ahora como se Pevó a cabo este análisis infinitamente delicado. Se sacaron algunos milímetros cuadrados de género, que fueron quemados en una marmita de platino. Las cenizas fueron disueltas en seguida en tres o cuatro gotas de una solución ácida. En esta solución minúscula se hizo pasar una corriente eléctrica mediante un hilo de cobre; el plomo disuelto vino entonces a depositarse, en el estado de rastros invisibles, sobre la extremidad del hilo.

Con la ayuda de un aparato especial, se hizo pasar a este punto una calida chispa eléctrica de "alta frecuencia", que fue fotografiada con un "espectroscopio". Este instrumento suministra una fotografía del espectro de la fuente luminosa, con las rayas características de los metales introducidos en la chispa.

Los astrónomos, gracias a este método prodigiosamente sensible de la espectroquímica, han podido analizar la composición del sol y de las más lejanas estrellas. En el caso que nos ocupa, ella reveló la presencia indudable del plomo dejado por las balas al atravesar el paño.

En la audiencia pública por la vista de la causa, el inculcado no pudo oponer a las conclusiones de este peritaje más que negativas inconsistentes.

Fue condenado a veinte años de prisión.

La sangre humana

La cuestión de la sangre humana es una de aquellas que son planteadas con más frecuencia a los expertos.

En cuanto un criminal se encuentra frente a manchas de sangre, en efecto, trata de proclamar su inocencia afirmando que se trata de sangre de animales. Los hombres de ciencia tienen la misión de abochornarlos.

Mucha gente se figura que la sangre es identificada con ayuda del microscopio. Esto constituye un completo error. La sangre fresca presenta, es verdad, un aspecto microscópico particular, debido a sus innumerables glóbulos, cuya forma es variable y característica, según las especies.

Pero los glóbulos se han destruido hace ya mucho tiempo en las manchas secas, que por lo general los investigadores llevan al laboratorio.

El procedimiento usado, que en la actualidad se ha vuelto clásico, de los "serums-anti", permite identificar rastros infinitesimales de sangre humana. Se procede de la siguiente manera: Se comienza por preparar un suero, investigando los dos crecientes de sangre humana. Entonces se produce, en el organismo del animal, una reacción de defensa, que se traduce por la propiedad, para la sangre, de formar un precipitado con la sangre humana, a semejanza del agua en la que se arroja una gota de leche.

Se utiliza un fragmento de la mancha o rastro sospechoso, que se hace caer en una y media gota o dos gotas de agua salada, a razón de nueve gramos por litro. La operación se efectúa en un tubo de vidrio minúsculo y nuevo, esterilizado hasta por su misma fabricación, realzada a alta temperatura.

Con la ayuda de una pipeta especial, extremadamente fina, se agrega en seguida suero obtenido por la filtración de la sangre del conejo. Una mancha azulada blanquecina se forma alrededor del tubo, si la sangre estudiada es sangre humana.

Este procedimiento ha llegado hoy en día a una tal precisión que permite disolver una gota de sangre humana en un litro de agua.



★

Pedro Devaux

Ilustración de Sorazabal

